



**Fuera de mi mundo**

Carreras, Lydia M.

Fuera de mi mundo / Lydia M. Carreras ; coordinación general de María Luisa García ; dirigido por Laura Leibiker ; editado por Natalia Méndez ; ilustrado por Laura Fernández Saad. - 2a ed. 1a reimp. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Grupo Editorial Norma, 2022.

64 p. : il. ; 20 x 14 cm. - (Torre amarilla)

ISBN 978-987-545-871-0

1. Narrativa Infantil y Juvenil Argentina. I. García, María Luisa, coord. II. Leibiker, Laura, dir. III. Méndez, Natalia, ed. IV. Fernández Saad, Laura, ilus. V. Título.

CDD A863.9282

© Lydia M. Carreras, 2010

© Editorial Norma, 2011

Av. Leandro N. Alem 720, Ciudad de Buenos Aires, Argentina.

Reservados todos los derechos. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra sin permiso de la editorial.

Marcas y signos distintivos que contienen la denominación "N"/Norma/Carvajal® bajo licencia de Grupo Carvajal (Colombia).

Primera edición: febrero de 2011

Segunda edición: enero de 2020

Primera reimpresión: marzo de 2022

Impreso en la Argentina - *Printed in Argentina*

Dirección editorial: Laura Leibiker

Edición original: Natalia Méndez

Coordinación: María Luisa García

Corrección: Roxana Cortázar

Jefa de arte: Valeria Bisutti

Diagramación: Romina Rovera

Gerenta de producción: Paula García

Jefe de producción: Elías Fortunato

CC: 61091134

ISBN: 978-987-545-871-0



# Fuera de mi mundo

Lydia M. Carreras

Ilustraciones

**Laura Fernández Saad**

 **Norma**

[www.normainfantilyjuvenil.com/ar](http://www.normainfantilyjuvenil.com/ar)

Mientras caminaba por el pasillo que conducía de la cocina a la sala con la bandeja, vi a mi nieta Odile preparando sus notas y, al pasar junto a la ventana, en un movimiento fugaz, apartar la cortina con dos dedos. Bella, alta, con el cuerpo que la danza clásica regala a los que se someten a sus reglas y la piel morena de su padre, al oír mis pasos se volvió rápido, como sorprendida en falta.

—La misma ansiosa de siempre —sonrió.

—Vení —le dije palmeando suavemente un almohadón de pana canela del sofá—. Es temprano todavía. Tomemos algo y decime qué te parece la torta. La hice con una receta que me pasaron por Internet.

—Está bien. Y mientras tanto, podemos ir entrando en tema. ¿Seguro que no te molesta el grabador?

—En absoluto.

—Vos hablé de lo que pasó como te vaya saliendo, sin preocuparte por nada porque después se edita, y quedate tranquila que te voy a mostrar la copia definitiva para que me des tu *ok*. Ay, Dios, huele riquísima esta torta. Tiene limón, ¿verdad?

Habían pasado más de sesenta años pero tenía los hechos frescos en mi memoria y, contrariamente a lo que pensaba mi nieta, el grabador, como un escuchador silencioso, incapaz de emitir juicio, no me intimidaba. Ella recogió las piernas debajo de su cuerpo y yo comencé:

—En pocos minutos, casi repentinamente te diría, una tarde nublada, húmeda, del mes de noviembre —exactamente el 26— se transformó en una tempestad de la que la ciudad tardó meses en recuperarse. No me refiero solo a los daños económicos —que fueron enormes— sino también a las conductas, a las reacciones que disparó en todo el mundo, especialmente en los que estaban en la calle y por una razón u otra, lejos de sus casas. Esos sufrieron una suerte de desamparo momentáneo, una sensación de tener un pie en el vacío que fue difícil dejar atrás.

—¿Así de terrible?

—“Fue la peor tormenta del siglo” dijeron los diarios al día siguiente y no he vuelto a ver nada parecido hasta hoy. En cuanto a mí, nunca antes, ni siquiera cuando mamá y papá se separaron, me había sentido tan asustada, tan vulnerable. Con el tiempo, logré rescatar algo: jamás volví a tener

miedo a las tormentas y conocí a una familia que cambió mi forma de ver muchas cosas.

Odile inclinó el torso hacia mí, los ojos atentos, en silencio.

—Aquel día, después de la práctica de *hockey*, me duché y salí a la carrera hacia la puerta del club Provincial a esperar a mamá. Eran las siete de la tarde y como estábamos en noviembre, todavía había bastante luz aunque el tiempo estaba raro. De repente, había empezado a soplar un viento fresco, demasiado fresco para la época, pero no era eso lo que me preocupaba. Faltaba media hora larga para que mamá me pasara a buscar y si se enteraba de que había salido tanto tiempo antes, tendría problemas porque el pacto era —ella lo llamaba pacto pero era una orden—: “Me esperarás en el bar y te tomás algo con tus amigas hasta que sea la hora. Cuando esté a pocas cuerdas te mando un mensaje y vos salís a esperarme. No quiero que estés en la calle”.

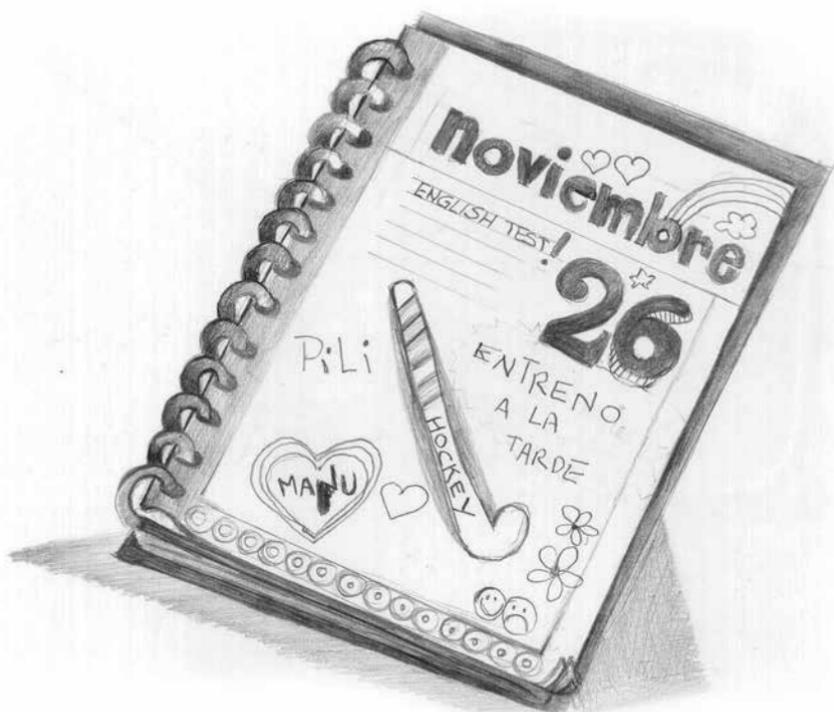
—¿Con tus amigas tampoco?

—Tampoco. Era otra época. Había inseguridad, es cierto, pero los medios se encargaban de cargar las tintas de manera que todos vivíamos un poco obsesionados.

—Me imagino a Rosario como una ciudad pequeña y tranquila.

—No exactamente. Rosario no era en esa época tan parecida a Buenos Aires como es ahora y se vivía con relativa tranquilidad, pero de a poco la delincuencia, la violencia y el temor nos fue cercando.

Mi mamá era como una esponja. Absorbía todo y, para completar el cuadro, después de la separación de papá, ella se concentró en mí. Me llevaban en auto a la escuela, en auto al club, en auto a lo de mis amigas y a veces, al *shopping* para que viéramos alguna película y luego de regreso a casa. Si no estaba papá disponible o ella tenía que trabajar, iba conmigo la chica que trabajaba en casa. Está bien que yo no era tan grande como para manejar sola, pero a veces me parece recordar que no cruzaba la calle, ni tomaba ómnibus, ni hacía mandados.



Y la orden era siempre la misma: “No te muevas de allí”. Pero aquel día, el profesor de *hockey* se había luxado un tobillo y la práctica terminó cuarenta y cinco minutos antes. En el fondo, lo que desencadenó todo no fue la tempestad sino aquel pequeño accidente porque eso me dio la idea de que si salía a la calle podía llegar a ver a Manuel. Pensé que el riesgo valía la pena.

—¿Eran novios? —preguntó Odile con un guiño.

—Ya habría querido yo, claro que sí. Pero tenía doce años y él quince —o dieciséis, según mamá que algo sospechaba— y un montón de mocosas revoloteándole todo el tiempo, así que a mí no me daba ni la hora. Yo me conformaba con mirarlo. Esa tarde, aunque llegué sin aliento, apenas si alcancé a verlo cuando se metía en el auto y saludaba a la multitud. Mala suerte. Frustrada, al borde de las lágrimas, me aparté unos metros, tiré el bolso al suelo y apoyé la espalda contra la pared. A mi lado había una chica rubia de ojos claros, con una sola trenza que le llegaba hasta la cintura, y más o menos de mi edad. Estaba acuclillada sobre las puntas de los pies y los codos sobre las rodillas, mirando hacia la esquina. Primera vez que la veía. De lejos, una amiga me hizo señas para que me acercara. Ella estaba cuidando a dos hermanos chiquitos así que fui hasta donde estaba y conversamos unos minutos sobre Manuel y mis pocas chances, hasta que la pasaron a buscar. Recién entonces, me di cuenta de que no tenía el bolso. Por Dios, las zapatillas, el autógrafo

de Luciana Aymar –la mejor jugadora de *hockey* del mundo–, un toallón nuevo, no, por favor, que voy a tener que decir que me lo robaron en el vestuario y mi mamá va a venir a hacer un escándalo, no, no, no, rogaba mientras corría abriéndome paso a codazos, casi sin esperanza de encontrarlo. Cuando llegué, la chica de la trenza rubia, siempre agachada, me miró seria y con un breve gesto del mentón señaló mi bolso. Estaba pegado a ella. En ese momento, sonó mi celular. Antes de que atendiera, me indicó con los dedos que ya había sonado tres veces. Era mi mamá preocupada porque, desde la otra punta de la ciudad, estaba viendo que la tormenta se acercaba. Quería saber dónde estaba, con quién, en fin, todo. Le dije que en el bar con una amiga. Noté que la rubia me miraba de reojo y sentí la necesidad de hacer algún comentario.

—Me llama sesenta veces por día —expliqué enseñándole un Blackberry último modelo—. Si sabía no insistía tanto para que me lo compraran. ¿A quién esperás? —le pregunté, tanto como para cambiar el paso.

—A mi papá.

—Yo a mi mamá. Hoy terminé antes porque el entrenador se lesionó. Es la primera vez que te veo.

—Sí —se limitó a contestar.

No era muy conversadora. Me había cuidado el bolso, pero nada más. Hosca era, rara. Mientras tanto, rápidamente se estaba desencadenando la tormenta pero



eso no era todavía un problema para mí porque mamá estaba en camino. En cambio, ella parecía ansiosa. Miraba constantemente hacia el este, de donde venían los nubarrones, y hacia el sur de donde vendría su padre. Supongo que calculaba cuál llegaría antes. Tenía puestos unos jeans deshilachados en las piernas y en la cola. Eso era lo que se usaba en aquella época. Ropa desteñida, remeras cortas, pantalones con agujeros. Horrible, pero ya se sabe cómo es la moda.

—Están buenos tus jeans —le dije porque yo seguía tratando de mostrarme agradecida. Ella asintió con la cabeza y una sonrisa a medias, sin sacar la vista de la esquina—. ¿Cómo te llamás? —insistí.

—Svetlana.

—Yo, Pilar. Pilar Santa María. Me encanta Svetlana. Como la tenista.

—El apellido es Pereyra —me atajó—. Mi mamá es polaca y mi papá correntino.

—Ay, qué divino. Me encantan las mezclas étnicas. ¿Se conocieron en un viaje tus padres?

—No. Vivían en Esquina, Corrientes. Ahora vivimos acá.

—Yo tengo varias amigas que se han tenido que mudar porque a sus padres los trasladaron. A la capital, a Chile, a Praga, y mis primos mellizos están viviendo en un emirato árabe. ¿Te imaginás qué fascinante? Pero hay que reconocer que no es lindo separarse de las amigas, de la escuela y todo eso. Es muy traumático, dicen.

—Mmm...

—¿Y hablás polaco?

—Algo.

El tema de la familia no parecía gustarle así que cambié de dirección.

—Por casualidad, ¿vos no estás en el grupo preolímpico?

—¿En dónde? —me miró achicando los ojos.

—En el Kids preolímpico que entrena Murray, acá en el club.

Recuerdo que Svetlana se puso de pie, se abotonó la campera y oteó hacia la esquina antes de responder. Creo que estaba tratando de decidir si yo era tonta o molesta nada más. O, a lo mejor, las dos cosas.

—No soy socia —dijo sin mirarme.

—Ah, ¿venís a entrenar con el San Isidro Team de Buenos Aires? —porfié.

—Tampoco —negó rascándose la frente.

De pronto, me sentí descolocada. Había algo que no encajaba pero no sabía qué. Y, entonces, ella decidió que ya era hora de aclarar la situación.

—Estoy cuidando la carga —señaló con el índice hacia el cantero central del boulevard.

Seguí la dirección del gesto hasta un carrito violeta atado a una bicicleta oxidada. El carrito estaba lleno de cajas desarmadas y prolijamente atadas de tal forma que no había espacio para una hoja de papel más hasta una altura que superaba cómodamente la de un adulto. También había diarios

perfectamente apilados y atados con hilo sisal y, de la misma forma meticulosa, llevaba también un par de docenas de botellas y envases de plástico. No sé cómo se puede llevar basura y aún así dar la sensación de limpieza y orden, pero así era. Sin girar la cabeza, la miré de costado con la boca abierta. Tenía que haber un error.

—Soy cartonera —dijo Svetlana sonriendo sin separar los labios.

Odile se tapó la cara con las manos.

—¿Cómo te sentiste? —preguntó.

—Como una tonta, avergonzada, fuera de lugar. Svetlana se había cansado de mí y de mis preguntas y decidió hablar claro. De repente, la situación había girado y era ella quien estaba al mando. Mientras buscaba qué responder, una repentina ráfaga fría barrió los papeles del suelo con tanta fuerza que los levantó en un torbellino, hizo perder el equilibrio a unos niños que jugaban por allí cerca, nos enredó los cabellos y nos llenó los ojos de tierra. Eso alertó a la gente. Las nubes oscuras avanzaban veloces. De pronto, muchos estaban apurando el paso, algunos corriendo, los celulares sonando. Una sensación de inquietud ganó la calle en minutos y comenzaron a caer las primeras gotas.

—Ya está aquí —dijo Svetlana y sin una palabra más, como si yo hubiera desaparecido o como si ella tuviera cosas más importantes que hacer —y así era en

realidad— cruzó la calle con pasos decididos, enérgicos, y se subió a la bicicleta. Enseguida estuvo claro que el viento era demasiado fuerte y que no solo no la dejaba avanzar, sino que la estaba haciendo retroceder. Mi primer impulso fue ir a ayudarla, pero si mamá llegaba en ese momento y me veía empujando un carrito cargado de cartones, me iba a ver en problemas. Volvió a sonar mi celular. En Alberdi, donde mamá tenía la oficina, había empezado a caer granizo y el tránsito se había complicado. “Quedate adentro del club y por ninguna razón salgas, me entendiste, por ninguna. Yo voy a llegar, de una forma u otra. Aunque demore, no salgas”, dijo clarito.

—Entonces, Odile, me ganó una inconsciencia, una locura, un impulso, no sé qué fue, querida mía, pero no pude soportar ver a Svetlana tironear sola y quedarme allí, simplemente mirando.

—¿Qué hiciste?

—Me colgué el bolso al hombro y crucé. “Dale, te empujo”, le dije.

—Te vas a mojar.

—No te preocupes. Pedaleé que te empujo. ¿Adónde querés ir?

—Hasta el refugio de colectivos de la esquina —y agregó—: gracias.

El carrito pesaba como el demonio pero entre las dos logramos bajarlo del cantero, cruzar la calle en medio del desastre de vehículos y volver a subir a

la vereda. Había varias personas ya, esperando el ómnibus o guareciéndose de la lluvia cada vez más fuerte. Un señor nos dijo:

—Chicas, no pueden meter eso acá adentro. Vengan ustedes si quieren pero el carro no entra.

Yo me refugié pero Svetlana resistió:

—Por favor, se me están mojando los cartones. Nadie me los va a comprar. Trabajé desde temprano —rogó bajo la lluvia, repentinamente con los ojos llenos de lágrimas.

—Vos también te estás mojando. Dejá los cartones y entrá que mañana juntás más —dijo el hombre haciéndole espacio. Entonces se desató el desastre, un fenómeno meteorológico. Comenzaron a caer piedras del tamaño de huevos de avestruz, mezcladas con una lluvia desaforada y un viento que —supimos después— alcanzó los 100 km por hora.

—Un tornado —comentó Odile.

—Así es. Las palmeras del *boulevard* parecían resistir bien pero algunos troncos jóvenes de fresnos casi se acostaban sobre las veredas. Nos guarecimos con Svetlana apretujadas con los demás, todos muy asustados. Súbitamente, el techo se estremeció y uno de los costados vidriados se partió en mil pedazos. Espantados, salimos corriendo, cubriéndonos la cabeza con las manos. Y muy bien hicimos porque el techo tardó nada en caer partido en grandes trozos filosos. Los vidrios de los autos también cedían ante la pedrada y los conductores

frenaban, ciegos de pronto, indecisos, desesperados. Los parabrisas y las lunetas no se rompían por el sistema de alma de hierro que tenían en esa época, pero se combaban totalmente astillados, de modo que no se veía nada absolutamente. Muchos conductores subieron a la vereda, algunos de contramano, tratando de abrirse paso a los bocinazos o gritando con la cabeza afuera de las ventanillas por momentos. Los semáforos del cruce con la avenida Ovidio Lagos dejaron de funcionar y los carteles luminosos de la estación de servicio que había en la esquina estallaban bajo la andanada de piedras. Una pesadilla, un caos difícil de describir, te aseguro. Estruendo de choques. Gritos. Llanto. Gente que voceaba nombres. En el medio de tanto espanto, recuerdo que Svetlana me agarró de la mano.

—Vení, metámonos debajo del carrito —gritó junto a mi oído.

Yo estaba paralizada pero la mano tiró de mí y corrí con ella, soltando mi bolso. Esta vez no lo dejé por distraída. Mi celular estaba en el bolsillo de mi chaqueta y era todo lo que necesitaba. Como pudimos, nos acurrucamos una al lado de la otra entre las dos ruedas debajo del carro violeta y con la cabeza entre las rodillas, yo crucé las manos detrás de la nuca y empecé a rezar mientras el agua se filtraba entre los cartones.

—Qué lo parió. Pinté el carro la semana pasada. Mirá cómo se despegan los escuditos —se quejó

Svetlana sacando una mano para recuperar algunos antes de que desaparecieran en el barro.

—Se preocupaban por cosas diferentes —comentó Odile.

—Exactamente. Ella pensaba en su carro y yo tenía miedo de morirme, de ahogarme, de que nunca más me encontrarán. Estaba aterrada, el pavor me había quitado toda reacción. Saqué el celular como pude —debajo del carro no había espacio para moverse— e intenté llamar a mi mamá. No había señal. Todo colapsaba. Aún no lo sabíamos, pero toda la ciudad estaba a oscuras, sin teléfonos, sin servicio médico de emergencia y sin transporte público, y una histeria general la recorría de norte a sur y de este a oeste.

—¿Qué hacemos? —pregunté mientras el agua helada me corría por el cuello.

—Esperar —contestó Svetlana.

No sé cuánto tiempo pasamos allí acurrucadas, oyendo el viento ulular entre las copas de las palmeras. Nos extrañaba ver formas oscuras correr tronco abajo y también saltar hasta el suelo pero no supimos hasta que todo había pasado, o por lo menos no lo supe yo, que eran ratas abandonando los nidos que hacen entre las hojas. A pocos metros de nuestro carrito, un hombre salió de un auto dejando las luces encendidas y la puerta abierta, con un niño pequeño en cada brazo, los dos llorando a moco

tendido, aterrados. El señor echó a andar, dudo que supiera hacia dónde, y se perdió en la multitud. Luego, una mujer joven pasó al lado nuestro y como el agua ya había cubierto los cordones, perdió pie, tambaleó y cayó de rodillas. Se levantó, volvió a caer y esta vez siguió avanzando en cuatro patas, las ropas chorreando, la mirada perdida, sin pestañear siquiera, totalmente fuera de control. Una catástrofe, un horror, Odile. De pronto, Svetlana sacó un brazo señalando a un hombre fornido, muy alto, de pelo oscuro, que venía caminando por el cantero central. Estaba cubierto con una enorme capa amarilla con la capucha echada hacia atrás para girar la cabeza con facilidad. Era su padre y se notaba que estaba gritando por las manos sobre la boca haciendo de altavoz, pero el estruendo era tanto que todo lo que estuviera a más de dos metros no se oía. Ella salió de entre las ruedas y sin importarle los golpes del granizo, se precipitó hacia él con los brazos extendidos. Chocaron uno contra otro. El papá la levantó en el aire, ella le enroscó las piernas alrededor de su cuerpo y escondió la cabeza contra su cuello bajo la lluvia torrencial. En ese momento y cuando rogó llorando que le dejaran guardar el carro en el refugio, fueron las dos únicas veces que la sentí flaquear. Pero en los dos casos se recuperó rápidamente. Luego, Svetlana le señaló el carrito y se acercaron.

—Vamos —dijo el hombre tendiéndome una mano enorme y callosa. Yo no tuve ninguna duda.

Ninguna en absoluto. Lo seguí sin preguntar nada y él abrió su capa para protegernos. Cruzamos la calle que era mano hacia el este, subimos al cantero sin problemas y cuando estábamos en medio de la calle, mano hacia el oeste, repentinamente, el padre de Svetlana, con un tirón brusco, nos echó hacia atrás. Un instante después, a un metro escaso de donde estábamos, un chorro de agua levantó una tapa de alcantarilla y a borbotones la mantuvo hamacándose en el aire a la altura de mis ojos, como si hubiera sido de papel.

—¿Por qué ocurrió semejante cosa? —dijo Odile.

—Porque las cañerías no daban abasto y en vez de recibir el agua la vomitaban. Podríamos haber caído en el pozo y ser arrastrados por la tremenda fuerza del agua hasta quién sabe dónde, no quiero ni pensar en eso. En cuanto al padre de Svetlana, bordeó la alcantarilla y continuó cruzando con nosotras dos firmemente prendidas a sus manos. Entramos a un corralón de demoliciones que estaba frente al club. “Vamos, vamos, con cuidado dónde ponen los pies”, nos urgió mientras corríamos tropezando con desechos de construcción apilados de cualquier manera. En el fondo del terreno, estaba el hermano de Svetlana acomodando unas chapas y planchas de madera para construir un refugio. Aleksander se llamaba el muchacho y era un par de años mayor que nosotras. Quince tendría, o quizás catorce. El padre lo ayudó con su tarea y pronto



nos pudimos guarecer, sentados los cuatro juntos, helados y con algunos moretones, pero a salvo. Por un rato, nos quedamos quietos oyendo el fragor de las piedras. Era imposible hablar y casi no nos veíamos las caras.

—¿Cómo estabas vos? —preguntó mi nieta.

—En *shock*. Quería llorar pero no podía. Estaba agarrotada y comencé a sacudirme. Solo las manos al principio, pero rápidamente todo mi cuerpo estaba temblando y hasta los dientes me castañeteaban. Entonces, en silencio, Svetlana pasó un brazo por encima de mis hombros, puso una mano sobre mis puños crispados y apoyó su cabeza sobre mi pecho como si fuera ella la que necesitara consuelo, y allí se quedó quieta. Yo sentía su mano sobre mi hombro dándome palmaditas y el aliento sobre mi remera, tranquilo y parejo. Luego, sacó de su bolsillo una de las figuritas de Kitty que había recuperado, la frotó contra la pernera de su pantalón, me abrió los dedos uno por uno, la colocó sobre la palma de mi mano y volvió a cerrar mis dedos. Eso actuó como un bálsamo: ese contacto lleno de generosidad, de contención, me salvó del descontrol y, poco a poco, me fui calmando.

—¿Por qué te acercaste a Svetlana? —preguntó mi nieta.

La miré, dudando. Siempre tan directa mi nieta.

—Bueno, cuando me acerqué a ella en la puerta del club no sabía que era una cartonera.

—Pero cuando te cruzaste a ayudarla, sí.  
—Le debía un favor, por lo del bolso. Y me dio pena que estuviera tan sola. Supongo.  
Miré a mi nieta y esperé en silencio su opinión.  
—Porque era rubia de ojos celestes —completó.

# Índice



1.....	7
2.....	27
3.....	31
4.....	39